

VOLVER SIN EQUIPAJE

Los que no sabemos qué hacer con la tristeza, decimos que olvidamos. Fue así como, por más de dos décadas, intenté no recordar mis años vividos como estudiante en Barcelona. Sin embargo, ellos aparecían a diario entre instantes distraídos de mis pensamientos cotidianos. En medio del raudo y ondulado andar de peatones por las veredas de Providencia, mi amiga Maite miraba como hipnotizada el baile de sábanas al viento en los balcones de la Barceloneta. Tras el reflejo del sol en un edificio de vidrios de Apoquindo, Mauricio me señalaba la luminosa línea de cielo que se abre entre los callejones irregulares del barrio gótico. En un par de ocasiones, en medio del murmullo de algún restaurant de Vitacura, me pareció escuchar la destemplada risa de Cristián, la que lanzaba cuando conversábamos en alguna de las plazas de Gracia.

Partir significó dejar atrás esa vida diferente. Una vida donde los amigos eran el mundo entero. Eran palabra, fiesta y refugio. Por aquel entonces Mauricio luchaba contra el dolor del abandono de su familia, Maite intentaba encontrar el amor y Cristián soñaba con ser un gran chef mientras sudaba pobreza como ayudante de cocina en un pequeño restaurant. Al despegar junto a mi pesado equipaje sentí como se rasgaban las raíces que me unían a esas historias.

Mi autoinfligido destierro de dos décadas duró hasta hace tres semanas. Por trabajo debí viajar a Barcelona. El vuelo lo hice apretando los puños y con los ojos cerrados. Al abrirlos todo estaba allí. Las sábanas colgadas en los balcones de la Barceloneta seguían secándose al viento, las risas de mis tres amigos rebotaban aun en los estrechos callejones del barrio gótico y las plazas de Gracia todavía se teñían de nuestras conversaciones de colores.

La última noche brindamos en uno de los bares de la Plaza del Pi. Mauricio mostró fotos de la familia que ha construido, Maite contó como encontró el amor y Cristián narró su vida como un prestigioso chef. En un momento miré por la ventana. Vi hojas girar en círculos bajo la luz de un viejo farol. Imaginé al viento del mediterráneo esparciendo ese pesado equipaje de hace veinte años por toda la ciudad. Por las callejuelas del Born, por las esquinas del Raval, por las copas de los árboles de Les Corts. Mi parca roja entraba por la ventana de unos de los edificios del paseo de gracia, mis calcetines morados flameaban en la punta de la cruz de la Sagrada Familia y mis pantalones verdes se perdían entre los colores del Park Güell.

EL GATO CON PLUMA